

LUIS MIGUEL AGUILAR.

PACIENCIA Y RETICENCIA

ERNESTO HERRERA*

Poeta, ensayista, cuentista, cronista, antologador y traductor, Luis Miguel Aguilar (Chetumal, 1956) aparece en las letras nacionales con un breve libro de poesía titulado *Medio de construcción*. Estudiante de letras inglesas, ésa es la tradición que le otorga buena parte de su personalidad poética (aquí y allá, en algunos de sus poemas y en las explicaciones a sus libros, deja escapar nombres de poetas que lo han marcado). El rasgo más notable de este primer libro es la cuidada versificación y la elección de formas poco comunes a la tradición española como la vilaneta (que sí forma parte de la tradición inglesa; como lo recuerda el propio poeta, el primer poema que escribe Stephen Daedalus en *Retrato del artista adolescente* es, precisamente, una vilaneta). La atención que Luis Miguel Aguilar pone en sus versos lo hace un formalista, es decir, un poeta de temperamento clásico; pero en tiempos en que los jóvenes aspirantes a escritor se olvidan de la tradición, el adjetivo es ante todo un elogio (Gabriel Zaid, en su *Asamblea de jóvenes poetas*, ponía énfasis en el hecho de que una característica que unía a esos poetas que

* Crítico literario, periodista y editor. Ha colaborado en *El Semanario*, *La Crónica Cultural*, *Posdata* y *Laberinto*, entre otras publicaciones culturales.

antologa, básicamente de los cincuenta, era que no sabían versificar ni acentuar; las cosas de hecho no han cambiado). Como lo confirma su más reciente libro, *Fábulas de Ovidio* (2001), Luis Miguel Aguilar es uno de nuestros versificadores con mayores recursos. Es sabido que el mero manejo de la forma no es razón suficiente para producir buenas obras, pero en nuestro autor forma y contenido se unen felizmente. (Luis Miguel Aguilar sabe de estas cosas porque a él le tocó defender al pobrecito señor X Ricardo Castillo de sus detractores que lo acusaban de no saber versificar; ante esto, el autor de *Medio de construcción* apeló a las palabras del poeta latino Horacio, quien decía algo así como “este autor no sabe de formas, pero lo que escribe tiene valor”).

En la recapitulación que hace de su obra a la simbólica edad de 33 años, reunida bajo el título de *Todo lo que sé* (1990), Luis Miguel Aguilar hace una depuración de *Medio de construcción* (actitud que debería ser imitada en esta época de demasiados libros; si bien, como suele suceder, uno termine echándole en cara al autor que haya eliminado un poema que a él no le gustó pero que a nosotros sí; en lo personal echó de menos el divertimento o poema menor, por algo lo suprimió, que es “Huapango”). En *Todo lo que sé*, *Medio de construcción* se divide con el añadido de otros poemas en dos libros: *Venus móvil* y *Poemas para cantar en los taxis*. El primero, explica, “incluye poemas de amor y desamor”; los de desamor, no podría ser de otro modo, ya lo prueban los de Catulo y Petrarca, son los mejores. En “La dama y el vagabundo”, su primer poema, encontramos ya las virtudes poéticas y rasgos estilísticos que definen al Luis Miguel Aguilar de esta primera época. Como él mismo dice, “a ese joven debo agradecerle que se haya procurado un tono que todavía me sirve para escribir”. Ese tono, conversacional, lo que hace es que el lector no se sienta excluido de la vivencia del

poeta, sino que lo hace partícipe de ella; uno va codo a codo con él, ya siendo testigo o pidiéndole que nos deje ser el protagonista. La presencia del juglar poundiano se intuye aquí. Otro rasgo es la presencia de la ciudad como personaje y no como espacio. La ironía no es excluyente tratándose de sentimientos; escribe en “Contra los amantes”, que cierra este libro:

Se creen, para empezar, la encarnación
De algún poema de Sábines —ya sabemos
Que algunos poemas de Sábines se creen, en efecto,
Poemas de Sábines— y tanto a Sábines como a ellos
La poesía se les vuelve imprescindible.

En el título del libro *Canciones para cantar en los taxis* confluyen *Canciones para cantar en las barcas* de José Gorostiza y *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* de Oliverio Girondo. La veta citadina en esta parte es más ostensible.

Puntualiza el poeta: “Esta parte del libro incluye poemas urbanos y de vida cotidiana. No buscan otra cosa que entretener y conmover, o sea que buscan mucho”. En este sentido coincide con otros poetas de los cincuenta como José Joaquín Blanco, Fabio Morábito y Rafael Vargas, cuya poesía está construida con motivos de la vida diaria. Escenas condeseñan en las calles de Nuevo León y Sonora, en el cine Gloria, en el Parque México, se mezclan con poemas donde se habla de la necesidad de poseer piernas fuertes para escribir buenos poemas, o donde se reflexiona sobre los subrayados (“Que otros libros se avergüencen de quienes los han escrito/ Los míos de quien tramó los subrayados” escribe el autor parafraseando a Borges), pero también aparecen retratos donde se anticipa lo que será su siguiente libro. Aquí otra vez coincide con sus contemporáneos, pues si él tiene su poema dedicado a Cesare Pavese, Rafael Vargas tiene el que hace a Rimbaud. En “Cesare Pavese” leemos este *dictum*:

Sólo hay un modo de hacer algo en la vida,
Consiste en ser superior a lo que haces.

No hay modo de escribir un buen poema
Si tú no eres mejor que ese poema.

La lectura de estos dos primeros libros nos muestran a un poeta de una calidad pareja; sólo podemos hablar de poemas que preferimos pero no en realidad de uno que no funcione.

Libro de madurez, a *Chetumal Bay Anthology* no le sobra ni le falta un verso y, por lo mismo, es uno de los pocos clásicos que se han producido recientemente. Su lugar privilegiado en la historia de la poesía mexicana del siglo XX es incuestionable. El poeta del que parte es Edgar Lee Master y su *Spoon River Anthology*; Salvador Novo, gran lector de la tradición inglesa, lo siguió para hacer sus *Poemas proletarios*; pero como Luis Miguel Aguilar aclara en realidad la lectura de la *Antología griega*, punto de partida de Lee Masters, no es ajena a la tradición poética mexicana. Anota el poeta: “Muy pocos de estos poemas respetan la brevedad del epigrama: las historias los desbordaron y lo que me interesaba era contar bien esas historias, con la concentración que tiene la poesía. Busqué hacer un conjunto dramático y narrativo con unas cuantas intermitencias líricas”.

Chetumal Bay Anthology es un libro que debe ser tomado como una unidad que no puede fragmentarse.

Conversaciones con La Xtabay sigue ahondando ese sentido narrativo, por lo demás ya presente desde su primer poema. Mujer que pertenece a la tradición mitológica del pueblo maya, se conecta con deidades de otras culturas y tiempos como Diana, Venus, Medusa, Melusina, Lilith, Ishtar, la *belle dame sans merci* de Keats, la *serranilla* del marqués de Santillana, la *zagala* de Guido Cavalcanti y la *girl next door* actual. En este libro, cuenta, “la relación de encuentro, pérdida y encuentro del personaje

Aguilar con *La Xtabay*, habla de mi relación de encuentro, pérdida y encuentro con un modo de hacer poemas”. El libro, entonces, es una recapitulación de la lucha del poeta con la poesía representada por *La Xtabay* y sus diversas advocaciones; como doña Inés, el personaje del último poema del volumen, punto final de esta época, el poeta Luis Miguel Aguilar se dio una pausa para ir “al irrecobrable comienzo de todo”.

Después de una larga pausa, once años, el poeta regresa con una voz renovada y nos ofrece otro libro perfecto: *Fábulas de Ovidio*. Luis Miguel Aguilar siguió, para hacer este libro, dos recomendaciones: el *make it new* poundiano y la eliotiana “Cada generación debe traducir para sí misma”. Para este libro, quien le sirvió de detonante para aventurarse a escribir sus versiones fue el poeta inglés Ted Hughes, quien poco antes de morir presentó sus *Tales from Ovid*. Y confiesa: “Las versiones de Hughes al clásico de Ovidio despertaron en mí a un envidioso incorregible. Este envidioso se manifiesta al ratificar la manera en que la poesía en lengua inglesa hace lo que Ezra Pound definió en el siglo XX como *make-it-new*, es decir, regresar con ojos modernos a los clásicos, ponerlos al día, darles novedad, o mejor: no entorpecer, entre ellos y nosotros, la novedad que nunca perdieron”. Si puede decirse que Ovidio es el más actual de los clásicos se debe a que, como señala Aguilar, es “el inventor de los efectos especiales”. Ahora que las nuevas mitologías han opacado a la mitología clásica, el “Ovidio para hoy”, de Luis Miguel Aguilar, es un buen pretexto para regresar a esa mitología primigenia.

Apoyándose de manera especial en la versión en prosa de Jorge de Bustamante de 1545, Luis Miguel Aguilar recrea a Ovidio en “formas modernas, verso libre incluido” y no obstruye, como se lo impuso, la relación entre Ovidio y nosotros los lectores actuales. Si el libro posee un aire de modernidad es

porque Luis Miguel Aguilar, ante todo, juega con el verso; hay un reto serio que se resuelve con una actitud lúdica. Aunque no lo parezca en principio, la concepción de las *Fábulas de Ovidio* se hermana directamente con los poemas de *Chetumal Bay Anthology*, pues también buscó contar bien historias con la concentración de la poesía. Con *Fábulas de Ovidio* Luis Miguel Aguilar ha aportado otro clásico a la poesía mexicana.

Esta revisión de su obra permite afirmar que su pretensión de hacer una poesía que sea al mismo tiempo paciente y reticente se ha visto cumplida. “Paciente, porque el poema debe ser muy claro contra la propia soberbia ‘expresiva’, de modo que deje entrar al lector sin estorbarle con las manías del redactor del poema. Reticente, para que esa facilidad no haga que el lector abandone el poema a la primera lectura, sino que conserve en la cabeza la idea de que en alguna parte de esa claridad, algo le quedó oculto, y debía, por tanto, averiguarlo nuevamente”.